

SIETE ACTOS FRAGMENTARIOS

DOI: 10.24142/unaula.n44a15

ADRIANO PERIAÑEZ*

Acto I

Se meditaba lenta, con esa lentitud que escande las cosas sin trozarlas. Como si el seno, como si la boca, fueran ese espacio continuo de una lengua interior que se alza en palabras. Había en ella tantas zonas, estratos vividos, úlceras, muertes, sonrisas. Cuadrúpedos enormes reposando al sol o estrujando la selva, moscas que saltaban de los pliegues abiertos, moscas atrapadas en vasos de cristal. Había una llanura por la que corría desnuda, perseguida, asediada como una presa... y luego esa muerte intensa entre los dientes, esa entrega dulce, ese olor propio derramado. Estaba incluida en todo, pero acotada por

* Estudió Ciencias Políticas. Magíster en Estética Universidad Nacional, sede Medellín. PhD en Filosofía Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín. Profesor Universidad de Antioquia.

un sentimiento de lejanía, distancia de sí y entrada en mí. Compuesta como una urdimbre y separada como un hilo. Sabía que podía contar lo que hacía, sabía que tenía una historia. ¿Cómo no decirte lo que siento? Pero las zonas corrían a agregarse o la grieta la esperaba paciente como un animal tumbado. *“Lo mejor será escoger el camino de Galta, recorrerlo de nuevo, inventarlo a medida que lo recorro”*. Pero no había camino, pues no había escogencia. Sólo quedaba inventarse de pliegue en pliegue, estrujarse contra la selva. Y el animal vencido la aguardaba... con ese olor propio derramado entre los dientes. Era entonces cuando venían las palabras y decían algo o la miraban desde afuera. Y ella las veía caída desde el pozo. De repente estaba allí, a la mano tendida, un rayo condensado de piel, como ese tigre que acariciamos con los ojos. La palabrita estaba sentada a su lado y era una alianza y un pececillo, un salto de acuario, una expresión de parábola. *“Laberinto la vida, laberinto la muerte, laberinto sin fin”*. Pero Ariadna, la madeja está hecha de tiempo, no de espacio. Si alguien mencionaba el día o la tarde había que sentir la grieta sol de superficie o el tizón en el pañuelo. ¿Cómo decirte lo que siento si no ves ese ángel de carne que ha rodado por el suelo? Tu pájaro ya no dice “el pájaro”, está caído y emplumado.

Acto II

Te escenificas ante otros
En el pequeño tugurio de tu mente
Te dices:
Abriré esta puerta
Para estar con ellos
Diré estas palabras y
A mis brazos acudirán tales actos.
Más tarde

En tus aposentos
 Descubre lo insignificante
 Que ha sido tu guion
 Lo inútil y vano
 Que resultó tu obra.
 No hay puertas
 Para quien no goza sino de muros,
 Tu clamar nocturno
 Sólo ha traído
 Murmuro de medio día.

Acto III

Los oleajes, sus retornos brumosos, sus estadías en tardes, sus por-
 menores. La tristeza es una máquina reproductora que localiza y esparce.
 Primero una zona del abdomen, persistente, anegada. Luego una colonia
 de gestos bajos y pensamientos pobres. La pobreza para el pensamiento
 es su monotemática: la imagen acosadora, reproducida en mil actos frag-
 mentarios. Aquí y allá lo no dicho, eso que en verdad hace la intimidad,
 puede proliferar en otras tantas emociones contrarias, lo feliz se ha tor-
 nado triste, lo amplio del pasado en un estrecho presente. La vivencia es
 moneda que guarda el envés de lo sentido. La zona de lucha es el tiempo,
 el palmo a palmo de la duración o la bienvenida a lo eterno. Lanzada al
 aire la moneda es cara o cruz, efecto azaroso. Habría que empezar por
 componer momentos, por arrancarle vitalidad a la vida, hurtarle al azar,
 al caos, algunas piezas del puzzle. Somos cuerpo compuesto, canales, plie-
 gues, túneles de sangre, bolsas de almacenamiento: alforjas de tiempo. La
 liza contra la tristeza es la composición, armar bajo el vendaval la choza,
 bajo el sol imperioso la arboleda. En el cristal fluido que somos, la tris-
 teza hace lo suyo y es también lagunas de tiempos. En el futuro incierto

que no somos la eternidad es un guiño, el cangrejo que pellizca a doble pinza otro paisaje feliz, o tal vez el desierto. Cincuenta días en invierno y cinco en verano, sin agua, los camellos.

Acto IV

Escribir es el acto por el cual atrapamos algunas cintas de sentido que pululan en nosotros. De no ser así, perderíamos la textura de sus fuerzas para siempre. Tal vez se trata de añicos. Y tal vez no hemos dejado de ser los monos que saltamos de añico en añico, como agarrando en lo sublime el infortunio de soltarse por instantes. Lo cierto es que la vida no puede separarse del movimiento. Profundamente mío lo siento, ajenamente disperso a veces. Las imágenes que tenemos de nosotros, esas con las que componemos la historia de la vida, tienen la existencia de un efecto móvil. Si las contamos quizá logren escapar de nosotros. Y tal vez, ¿por qué no?, logren hacernos un guiño de salida. ¿No es acaso eso escribir? Deslizarse de sí mismo, disfrutar y sufrir con los fragmentos.

Acto V

Esta muchedumbre de mis sueños, esta muchedumbre que canta y llora, este aglomerado de rostros que alzan las manos para tomar su cielo y llenan mi crisol con mohines y devaneos, ¿De dónde extraen su persistencia? ¿Qué norte los ha traído a mis tierras? ¿Qué reclaman y qué cantan? No soy el dios de sus alabanzas o destrozos, no calmaré su sed, si acaso tienen, ni endulzaré la boca de sus niños. Su existencia, que es pura insistencia, muestra la esperanza envilecida de un clamar de alas atrapadas. No hay afuera para ellos. Sólo la noche infinita que torna confuso su incipiente murmullo de sonámbulo hablante. Tantas caras y tan bellas, caras no vistas por nadie, caras que se miran entre ellas, caras promete-

doras del instante, serias y catatónicas, epifanías que ilustran ese mundo más allá del mundo de mis sueños. Son mis inmigrantes nocturnos, amenazantes y deleitantes, se viven y se colman en mis calles, en sus quiebres donde se oyen almádanas que desmiembran el tiempo. Sueñan con pasar del otro lado, con abrirme los ojos ante elefantes rosados. Tendría, por cordura, que declarar un hasta luego taxativo, como un campo minado o esa estrella de mar en la vitrina. Pero ya veo que viene el resplandor de la tristeza, anunciando la vigilia, y que me estaré solo y pensativo.

Acto VI

Darse cuenta no era fácil. Si tenía una voz interior se trataba de la ficción correspondiente al conjunto de voces exteriores que ordenaron las acciones de su vida, sus padres, sus maestros, las instituciones. Pensar no es sencillo, no se trata de comer un helado o amarrarse los zapatos. Primero hay que darse cuenta y no es fácil. En cada sector de su pensamiento había representantes, personajes con guanteras y tijeras de jardín. Era un espíritu enano, hecho de voluntades enanas prefiguradas por sectores que mostraban el arte delicado y constante de la poda, el pinzado, el trasplante cuyo producto era un precioso jardín prolífico en delicados bonsáis. Eran hermosos en su potencial diminuto, eran mundos perfectamente controlados. Cuando miraba sus escritos no hacía otra cosa que contemplar su jardín. Los constituía un andamiaje minucioso de citas y referencias en donde cada ramita verdecida tenía su lugar y su permiso, tal vez su acta de registro. Darse cuenta no era fácil, hay movimientos de tierra que ensordecen y la locura es algo que desliza. Había que comenzar por encontrar otras voces, por desarmar los representantes. No es fácil encontrarse a sí mismo en un estado tan precioso e inútil. Comenzó por dejarse crecer. Comenzó por el logro personal de extender sus propias sombras.

Acto VII

Hay mañanas en las que algo asombroso te aguarda. Se trata de un presentimiento que crece hasta convertirse en sentimiento. El pensamiento tiene la misma materialidad que el sentimiento, no son ajenos el uno al otro. Asombrado el cuerpo, tumbado, comienza a sentir sus pensamientos. La generalidad es el agendamiento. Despertar y tener el día agendado para esto o aquello. La generalidad consiste en vivir la vida de los otros, según los otros, en la instalación de hábitos. Se alaban a las personas que tienen hábitos comunes, que suelen ser dedicados a las formas sociales. Hay mañanas en las que lo asombroso te permite escapar de ese tedio, bajo un acto de soledad y renuncia. Alentarse a sí mismo, pensar, ya constituye algo difícil como para invitar a otros. En nuestro jardín los grandes matorrales de la agenda ya han distribuido la mayor parte de las cosas. A lo lejos se divisan pequeños brotes, a lo lejos. Tan distantes para aromatizar el aire. Se trata del fermento de pasiones no puestas en consideración por el ánimo totalizante, el temperamento. El observador atento verá esos brotes que viven poco tiempo. Los ritmos de la vida general suelen pasar sus tractores sin importancia por estos campos que se extienden a lo lejos. Solemos ir a trotar a esos dominios o correr muy deprisa sobre nuestros destrozos. Y volvemos a la casa a sembrar y abonar los matorrales que nos dan las instituciones para adornar nuestras casas. Hay mañanas en las que algo se levanta desnudo con tijeras y comienza a podar los matorrales de su jardín. Mañanas en las que el pensamiento esta aromatizado de lejos. Como embriagado, se lo ve delirar por los campos en busca de fermentos. Hay mañanas así y suelen ser tan pocas. Pero habrá un gran día en que el encomendado sabrá que está minuciosamente encomendado a la destrucción de sí mismo. Que los prados de allá arden bajo el sol sin sus flujos esenciales. Que es captura sin abismo. Que está atemperado para no sentir el tiempo. Que hay coordenadas

para sujetar su sentido y su sentir. El encomendado abrirá algún día el paquete de prácticas que está a su nombre y verá que es contenido de piñata. Y qué fácil ha sido darle el helado al niño para que se calme. Tal vez ese día nunca llegue. Tal vez el helado sea de vainilla.

